

NELSON A. ROCKEFELLER INFORMA SOBRE LA IGLESIA LATINOAMERICANA

Nelson A. Rockefeller en su extenso informe al Presidente R. Nixon sobre **La calidad de la vida en las Américas**, informe elaborado después de su azaroso recorrido por Latinoamérica, dedica a la labor de la Iglesia o, mejor dicho, a su actitud el siguiente párrafo que merece calificarse, aún benévola-mente, de apresurado y superficial:

"Las comunicaciones modernas y el acrecentamiento de la educación han provocado una agitación entre la gente que ha tenido tremendo impacto sobre la Iglesia (ver documentos preparados por la Segunda Conferencia General del Episcopado Católico Romano de América Latina, en Medellín, Colombia, 1968), haciendo de ella una fuerza dedicada al cambio, revolucionario si fuese necesario.

En verdad, la Iglesia parece estar en una posición algo semejante a la de los jóvenes, con un profundo idealismo, pero como resultado de ello en algunos casos, vulnerable a la penetración subversiva, pronta a llevar a cabo una revolución, si fuese necesario, para poner fin a la injusticia, pero sin claridad en cuanto a la naturaleza última de la revolución misma o al sistema gubernamental mediante el cual se pueda realizar la justicia que busca".

El prejuicio latente en estas palabras resalta claramente cuando se ubica el texto en el ámbito en que ha sido redactado. En el capítulo

primero del informe, pretendidamente una presentación objetiva de la vida en Latinoamérica, se dedica el tercer apartado a "las fuerzas del cambio": comunicaciones, ciencia y tecnología, crecimiento de población, vida urbana, nacionalismo, los jóvenes, los trabajadores, **la Cruz y la Espada (!)**, los negocios y la subversión comunista. La Iglesia y los militares son agrupados por el señor Rockefeller bajo un mismo título medieval porque: "desde el arribo de los conquistadores hace más de 400 años, la historia de los militares y la Iglesia Católica, trabajando hombro con hombro con los terratenientes con el objeto de proveer 'estabilidad', ha sido tradición en las Américas".

Se compara la actitud de la Iglesia con la de los militares, olvidando naturalmente las medidas violentas adoptadas en la represión de los llamados "sacerdotes rebeldes", y de los militares se afirma que su cambio progresista se debe a que "se han abierto oportunidades para jóvenes de ambición y capacidad de familias pobres que no tenían ni tierra ni relaciones profesionales o de negocios. Estos hijos ambiciosos de las clases trabajadoras han entrado en la carrera militar en busca de educación y de oportunidad de progresar".

El progresismo tanto eclesiástico como militar se limita a un área precisa: la juventud, de cuyo idealismo se dice que "es y debe ser una

Comentarios

de las más prometedoras fuerzas para el futuro. Al mismo tiempo, el mero hecho de su idealismo hace que algunos de los jóvenes sean vulnerables a la penetración subversiva y a ser explotados como medios revolucionarios para la destrucción del orden existente”.

El prejuicio al que aludíamos se pone de manifiesto en la lectura comparativa del contexto. Consiste en asociar indiscriminadamente la palabra “idealismo” a “la vulnerabilidad a la penetración subversiva” por la que ha de entenderse el comunismo, como queda determinado por el párrafo dedicado a la “subversión comunista”.

Volviendo sobre el comentario de Rockefeller sobre la Iglesia, convenimos con él en que las comunicaciones y la educación han despertado una renovación o aumento de responsabilidad en la Iglesia. Pero es pueril y tendencioso calificar esta actitud de inmadura y tratar de descubrir en ella agentes y componentes secretos y subversivos cuando a lo largo de una centuria los Papas han dedicado sus encíclicas a la renovación social, el Concilio ha señalado una línea de conducta a toda la Iglesia en el mundo de hoy y es público el esfuerzo de lo mejor de la Iglesia por retornar al Espíritu de Cristo, libre por supuesto de toda especie de cesaropapismo en la predicación de un reino que “no es de este mundo” aunque se realice en el mundo.

El Espíritu de la Iglesia es joven porque su eternidad no le permite nacer ni envejecer. Es el Espíritu Santo, no el espíritu del capitalismo ni del marxismo, ni menos aún una rebeldía de adolescencia. No deja de resultar tristemente humorístico que una institución de dos siglos califique de inmadurez juvenil a una organización que posee

en su actividad terrena una experiencia de dos milenios y, en América, cinco siglos de acción.

Por lo demás, ¿de qué infiere el señor Rockefeller que la Iglesia ha de tener claridad en cuanto “al sistema gubernamental mediante el cual se pueda realizar la justicia que busca?”

Si al “idealismo” se le despoja de toda acepción peyorativa —reconociendo que individuos concretos exageran el alcance de sus ideales no sólo en la Iglesia Latinoamericana actual sino en todos los tiempos, lugares e instituciones—, al referirse a una sociedad espiritual, ha de decirse de él que es cualidad necesaria y fecunda, favorable disposición humana para recibir la Gracia que sitúa al hombre en el verdadero realismo.

Es un tópico injustificable referirse a casos aislados para enjuiciar una institución, aludiendo al desconocimiento de “la naturaleza última de la revolución” que ponga fin a la injusticia. La generalización denuncia implícitamente, por prejuicio capitalista, una infiltración del comunismo.

La Iglesia, que ha sabido cristianizar en la historia todas las corrientes ideológicas y las aspiraciones más nobles de los hombres, se dispone a asumir las complejas y positivas preocupaciones de los hombres en los que hoy se realiza. Los comunistas auténticos saben muy bien que esta actitud no es comunista aunque pueda coincidir en cierto punto con su política. A los políticos acostumbrados a que ciertos elementos del clero, no la Iglesia, colaboren con su “orden” el cambio lógicamente les parece revolucionario y peligrosamente inmaduro. Lo peor es que no es el señor Rockefeller el único que opina así.

S. M.